

Cuadernos N<sup>o</sup> 79 m. 9

Colección Ariel

LEOPOLDO LUGONES

# EL PROBLEMA FEMINISTA

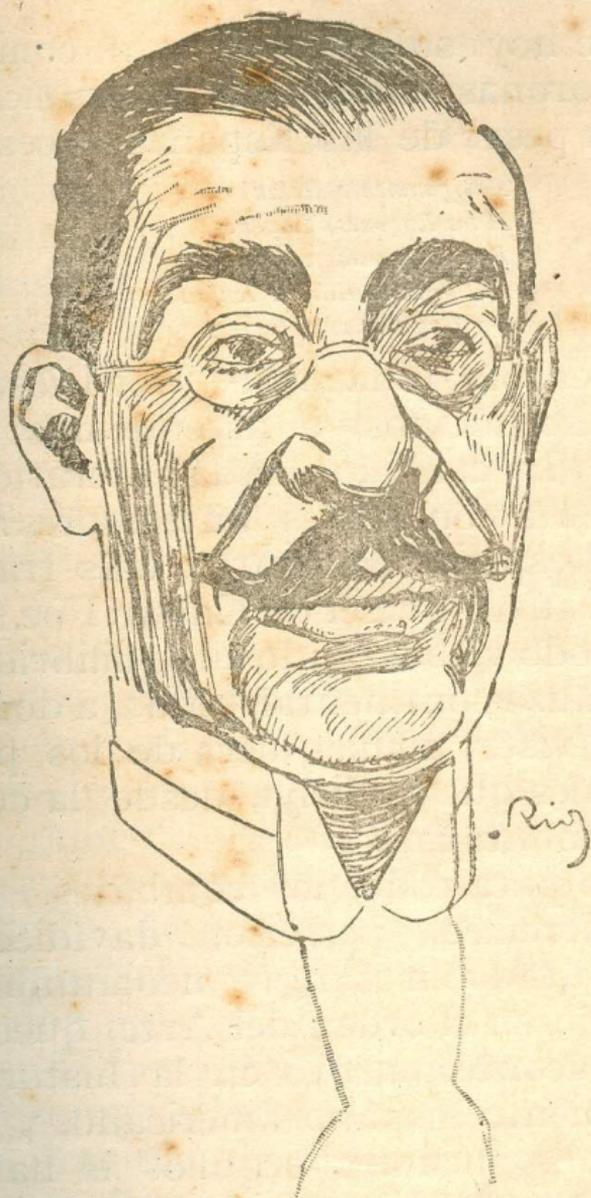


1916  
SAN JOSE DE COSTA RICA --- C. A.  
Imprenta Greñas

## APRECIACION

**H**E visto los comienzos de este otro y americano "spectacle magnifique". Enorme suma de condiciones geniales apoyadas por la más potente y sana voluntad. Encontrábame en lo vivo de mi sabida campaña intelectual, en la querida gran ciudad de Buenos-Aires, cuando un día se presentó en nuestra vibradora hermandad del Ateneo un joven que, al mostrar sus credenciales rimadas, fué considerado ya triunfante. ¡Un astro! nos comunicamos todos, con el gentil entusiasmo que allí animaba a coetáneos y menores. Nuestra unanimidad vaticinó cosas grandes. Para saludar tal orto escogí la más sonante y dorada de mis trompetas. Y todas las previsiones tenidas se han ido cumpliendo. La obra de Leopoldo Lugones, es según la expresión de uno de sus críticos "vasta y bella como una creación natural", o bien "como una vasta serie panorámica de montañas." En verdad, las que han atraído mayormente en esa encantada cordillera,

son, por el brillo de sus cumbres, por la riqueza de sus entrañas, por más de un misterio cabalístico o miliunanchesco, *las Montañas del Oro*. Fijaos bien en las otras alturas: hay amontonamientos de rocas, entre las cuales históricas ruinas; hay colinas fértiles, con pequeñas ciudades, jardines y quioscos de arte; hay aglomeraciones de fábricas con chimeneas y casas de veinte pisos como las de los yanquis; hay intrincadas y sabias arquitecturas,—y abajo, la extensa pampa con sus bíblicos ganados. Pero las Montañas del Oro, que conocen bien tan sólo los simbades del castellano, montañas que consagrara la Primavera, y en donde tiene su palacio la Juventud, digo en verdad que atraerán siempre a todos los buscadores de milagro y cateadores de poesía. ¡Aureo, bravo, caro Lugones! Vigoroso por temperamento, nutrido de los mejores saberes y remiso en toda aplastadora apretura escolar, desde muy temprano, supo aprovechar el don, rarísimo si se mira bien, de la autocomprensión y valorizamiento propio. Tal, por mayor suma de aristocracias, se denunciara anarquista de los más encendidos. La violencia del color—¡aplaudido sea el profeta!—fué con el tiempo comida por el sol, no



LEOPOLDO LUGONES

(Caricatura de Ríos. *De Nosotros*. Buenos Aires.)

sin que hoy subsista el nato combativo caza-corona y amigo de la república francesa, a pesar de las Españas ancestrales:

*Antiguamente decían  
A los Lugones, Lunones,  
Por venir estos varones  
Del gran castillo. Y tenían  
De Luna los sus blasones.*

Su geneología mental—¡por Dios, siempre descendemos, o ascendemos de alguien, y ha existido el Adán literario!—¿le emparenta con cuales antecesores? pero ningún espíritu encontró más fraternal para el suyo, que el de Edgar Poe,—tanto en todo va buscando su equilibrio nuestra balanza continental. ¿Mas, a donde no llega la vista, a cualquiera de los puntos cardinales que se dirija, desde la cumbre de sus montañas?

Listo para todos los combates, —apolineo, hercúleo, perséico, davídico, ello transmutado en sangre neomundial, su iniciación en el orden del Arte, queda como un acontecimiento en la historia del pensamiento hispano-americano, y no uno de mis menores orgullos el haberme tocado ser, en días floridos, Anquises de tal Marcelo.

Todo conquistado: renombre, respeto y consideración en los propios patrios as-

nedrines, admiración y afecto entre sus iguales. Todo, hasta el denuesto regocijador y la parodia plausible. Todo, menos la verdadera comprensión de ciertas cosas suyas al lado de las cuales se ha pasado sin penetrar lo que dentro se contiene. Mas, ¿desde cuando es comunicado a todos el schiboleth?

La obra primigenia de tal héroe, cuyo análisis sea para estudiosos y minuciosos críticos, háceme pensar en las adolescencias proféticas, en una pérdida y encuentro, no en el templo entre los doctores, sino en el bosque entre los leones. Hay allí sobretodo, un infuso conocimiento de cosas inmemoriales que se han trasmitido a través de innúmeras generaciones, y que hace vagamente reconocerse, apenas, con algún rarísimo *contemporaneo*, en un rápido choque de miradas, o en la similitud de interpretación de un gesto, de un signo, de una palabra.

Ya en la tarea de ideas, revélase la inagotable mina verbal, la facultad enciclopédica, el dominio absoluto del instrumento y la preponderancia del don principal y distintivo: la fuerza. Propaganda patriótica, ciencia civil, historia, cuento, enseñanza, discurso ocasional, todo es pletórico, todo

está lleno de vital y viril fuerza. Verdad que oiréis un son de flauta en los Crepúsculos del Jardín. Acordaos de Polifemo que canta Teócrito y Poussin pinta. Y luego: *¿Quid dulcius melle et quid fortius leone?* ¿No habían vibrado antes en una lengua de potente amor versos capaces de encender estatuas?

No creo yo que en nuestras tierras de América haya hoy una personalidad superior a la de Leopoldo Lugones, quien antes de llegar al medio del camino de la vida, se ha levantado ya inconmovible pedestal para el futuro monumento. *Las Montañas del Oro, Los crepúsculos del jardín, El imperio jesuítico, La guerra gaucha, Las fuerzas extrañas, Lunario sentimental, Piedras liminares, Didáctica, Prometeo, Odas seculares.\**

Allá en la lejana Córdoba del Plata, una anciana tiembla aún de temeroso gozo maternal. ¡Misia Custodia, qué nombre el de usted, para ser llevado en la Catedral de las glorias argentinas!...

RUBEN DARIO.

---

\* Añadimos: *El Libro fiel, La Reforma Educacional, Historia de Sarmiento, Elogio de Ameghino.*

## EL PROBLEMA FEMINISTA

**N**INGÚN agente de disolución social tan activo como el feminismo, que otra vez más aparece en la historia marcando un contraste de la civilización.

El fenómeno es conocido, en efecto. Cada crisis disolvente de las que sufren los pueblos en determinadas épocas, para transformar sus conceptos y caracteres sociales, presenta en el feminismo la expresión más grave de su trastorno. Como se trata de revoluciones, la subversión inherente a tales movimientos parece materializarse en ese supremo absurdo de la mujer igualada al hombre, contra toda razón y todo interés natural, presentando al fin de cuentas, como consecuencia forzosa, los resultados constantes del unisexualismo: la esterilidad y la corrupción.

Es conocido el método de perseguir la lógica hasta sus últimas consecuencias, para saber si opera como instrumento de la verdad. Es el método seguro, y el único

además, como que en él se aduna la certidumbre, o sea el criterio matemático, a la realidad de las ciencias experimentales. En ese desarrollo lógico estriba toda la crítica filosófica, pues es, regularmente, el fruto más positivo de la filosofía.

Y bien: aplicando ese método al feminismo, pronto se obtiene el resultado que antes formulé, como consecuencia racional: si las mujeres fuesen iguales a los hombres, no existiría sino un sexo, y la especie humana se habría vuelto estéril. Ahora bien: el amor estéril (porque el amor subsiste dentro de la doctrina feminista) es la suprema corrupción, al constituir un placer sin la compensación del resultado que normalmente produce, o sea la procreación de hijos. La mujer y el hombre, unificados por la igualdad, formarían un monstruo, el andrógino, o sea el producto típico en que se complace la imaginación enferma de las decadencias. Lógicamente, pues, la doctrina produce una monstruosidad, lo cual es harto significativo; porque si el método de la finalidad lógica reviste el carácter que más arriba le atribuí, ha de haber también en ello una realidad experimental.

Es, en efecto, lo que ocurre. Cada crisis feminista ha coincidido en la historia con

una crisis de esterilidad, lo cual asimila desde luego el feminismo a la prostitución.

Cuando la mujer honesta abandonó en Grecia el gineceo para entregarse primeramente a las competencias del lujo callejero con las cortesanas, y frecuentar después las escuelas de los filósofos, los conciliábulos de la política, en virtud de derechos inherentes a su pretendida igualdad, ya teorizaba con los mismos argumentos de ahora, la civilización griega sucumbió en la doble esterilidad de la materia y del espíritu. "¡Si pudiéramos tener hijos sin mujeres!", sería la última exclamación de su pesimismo. No los tuvieron, porque las mujeres habían empezado por querer tenerlos, confiando a las esclavas la función materna, así degradada en reproducción animal, y con ello perdiéronlo todo: libertad, patria, honor y genio. Hasta el genio, que fué a esterilizarse también en la aridez de la retórica alejandrina.

La inmensa Roma viril de las conquistas había de ver repetido el fenómeno. La matrona abandonó el hogar para lanzarse al lujo de la calle, cuyo tono, hoy como ayer, lo dió siempre la cortesana. De eso, fué a la literatura, a la filosofía y a la política, con los mismos argumentos actuales

sobre su igualdad y su derecho. Juvenal lo expuso en sus sátiras, como lo había hecho Aristófanes en sus comedias, y estos documentos adquieren de nuevo la actualidad más completa. La consecuencia fué que las matronas renunciaron a la epónima tradicional maternidad. Y Roma se hundió en la iniquidad, en la sangre; vió rebajarse su espíritu en la retórica: dejó de ser.

El espantoso cataclismo medioeval que tiene su fórmula histórica en los terrores del Año mil, fué, ante todo, una crisis de maternidad. El aborto y el infanticidio disminuyeron la población de Europa hasta acabar con ciudades enteras. El Tíber llegó a convertirse en un inmenso pudriero con los cadáveres de los párvulos arrojados en él. ¿Y qué era? Que la corrupción de Bizancio, con el ejemplo de sus princesas literatas y adobadas por todos los artificios de la perfumería oriental, practicada en un laboratorio inmenso donde la química más sutil se cerraba en un misterio de santuario, por Zoe, la emperatriz, aquella lujuriosa dídima de las crónicas—era que eso, dije, se había propagado por el Occidente con el efecto habitual. Corrupción tan espantosa causó el secular desangramiento de las Cruzadas.

Repetición del fenómeno, en significativo sincronismo con las grandes guerras, y la profunda corrupción, y la espantosa iniquidad del Renacimiento. Florencia y Venecia, aquellas Atenas medioevales, sucumbieron de eso. Edad de tiranos, de lujo, de esterilidad y de retórica. Es el momento en que las lenguas romanas tanto perdieron con la pedantería humanista, como en el anterior ciclo medioeval, la crisis intelectual consiguiente se caracterizó por el abandono definitivo del latín y la adopción de los dialectos bárbaros en que se había descompuesto.

Nueva crisis de feminismo como principio y fin de la Revolución Francesa. Damas que abandonan el hogar por el lujo de la calle, por la literatura, la filosofía, la política. Dos cortesanas que hacen política, señalan, efectivamente, el principio y el fin de aquel sangriento período: madame de Pompadour y Theresia Cabarrús. Aquella saludable catástrofe que señaló el principio del fin a la civilización monárquica, o sea al último ciclo cristiano, se repite, por lo que concierne al feminismo, en la crisis presente, con asombrosa fidelidad. Y desde luego, en su rasgo más característico: la esterilidad, sugerente de las mismas la-

mentaciones, diagnósticos y remedios que en el siglo XVIII. Son, efectivamente, aquellos dos países donde la mujer es más dueña y está más orgullosa de su personalidad, los que presentan la natalidad más pobre: Francia y los Estados Unidos.

Observamos, entretanto, como su útil recapitulación, que el feminismo ha preluñado y acompañado siempre a las crisis sangrientas con que acaban las civilizaciones. Así en la civilización griega, en la romana, en la feudal de la primera edad media, en la comunal que la sucedió, en la monárquica finalizada con la Revolución Francesa. La ley es constante, como se ve, para el mundo greco latino, y se repite con progresiva frecuencia, porque la aceleración de los ciclos históricos es una consecuencia del progreso general. Así nuestra sociedad vuelve a encontrarse en el mismo estado que la sociedad de la Revolución.

Esa constancia del fenómeno, es significativa y comporta una prueba de suyo, hasta que la contraprueba la convierta en demostración.

Los éxitos de la civilización que los pueblos disfrutaban en la prosperidad y en la paz de las ideas, coinciden a su vez con el

estado exclusivamente doméstico de la mujer. La madre de familia, que no es tan sólo la productora de hijos, sino principalmente la formadora de hombres, resulta, en efecto, el elemento más importante de la sociedad y de la civilización. Más importante que el hombre, porque sin ella no hay hogar ni patria; tampoco existe para ella ni es posible que exista condición más alta sobre la tierra. De aquí que su permanencia en ella, caracteriza las civilizaciones felices: aquellas en que el miedo de la vida insegura no suprime el goce superior, la heroica plenitud de las posteridades numerosas. Así, cuando las civilizaciones son más robustas y más amables, cuando aseguran a todos con mayor eficacia el encanto y la utilidad de la vida, la mujer hállase reclusa en el gineceo griego, en la casa romana, en el castillo medioeval, en el inviolable domicilio hidalgo. Allá, como la semilla oculta, está renovando la patria que así viene a constituir una emanación de su ser, pues en su seno fecundo y en su enseñanza, fórmanse los héroes, los trabajadores, los pensadores que engrandecen y que ilustran la patria. Ocupada como las plantas nobles, de florecer y de fructificar, cualquier otra misión resul-

taríale inferior y absurda. Por esto, ella misma la prefiere y busca, y se enorgullece de estar colocada así, mientras no la perturba el desorden de próximas catástrofes. Que entonces, cuando en vez de su libertad femenina equivalente a un reino, el reino del hogar, donde tiene como todo soberano el deber, dijéramos constitucional de la residencia; cuando en vez de esto, quiere la libertad del hombre, abdica; y así caída de su majestad natural en una condición ajena, su destino conviértese en esta triple fatalidad: o la mala madre, ese monstruo; o la solterona, esa víctima lamentable; o la cortesana, esa alimaña venenosa.

En esta degradación va implícita la ruina de la patria y el horror de la guerra. Porque el hombre, o sea el defensor de la patria que su compañera forma y renueva, el guerrero, el eterno combatiente, no es sino un bárbaro primitivo cuando le falta su dama. Es ella, la reina de la casa, del "domus" antiguo, la "domina", la "dama" nuestra, quien "domestica", en efecto, y "domina" la fiera siempre despierta en el combatiente, pero también, por la misma razón, quien la instiga a toda ferocidad: la responsable de toda guerra, porque sólo

por ella, por su amor, pelea el hombre.

La guerra bajo todos sus aspectos, operación táctica de ejércitos, revoluciones políticas, huelgas, atentados anárquicos, obedece siempre a este móvil recíproco en los adversarios: tentativa de uno que quiere aumentar su haber con el haber de otro, y resistencia de este último a dejarse despojar.

Mas ¿para qué quiere ese haber el hombre? Para engrandecer y embellecer su hogar, que sin la mujer no existiría. Porque es ella quien ha exigido para asegurar el éxito de su misión materna, la civilización estable del hogar. Y la pareja repite, aun en los mayores refinamientos de civilización, el estado de la caverna primitiva: ella es quien se queda dentro, el elemento permanente de civilización útil que empieza con la cocina, y de estética caracterizada en el arreglo del rudimentario menaje; él es quien sale y combate para asegurar la existencia común: el que vuelve con la presa. Faltárale aquel estímulo de estética y de bienestar, y nunca dejaría de ser un cazador salvaje.

El objeto adquisitivo de las guerras, es la apropiación de bienes desproporcionados con las necesidades de los gobernantes y

jefes que los aprovechan, en cuanto esas necesidades provienen de sus exigencias personales; pero no cuando se trata de satisfacer el lujo que es una exigencia femenil. Para esto quiere el hombre riquezas desmesuradas, y así es como la mujer resulta la responsable de la guerra. El sólo, para él mismo, contentaríase con muy poco. Su civilización sería rudimentaria y sobria. Es la mujer quien le estimula al bienestar y a la belleza, nunca degenerados en pasión exhibicionista, en lujo, cuando ella sabe limitarse al reino de su hogar. Entonces basta al hombre el trabajo. No necesita combatir, o sea volverse por una exageración de su energía, violento e injusto. Cuando la mujer exajera sus exigencias, el trabajo normal que es un encanto solidario, no basta. Sus frutos resultan escasos o tardíos. Y entonces los reemplaza el despojo que exige combates.

Cuando el patrón obstinado y cruel que se niega a aumentar en unos cuantos centavos el salario bien miserable de sus obreros, nos dice que no puede, esta declaración no expresa un impedimento personal. El sabe que sus obreros tienen razón, quizá le conmueve aquel reclamo de la miseria. Pero si cediera, su venta disminu-

ría, y con ella el presupuesto de su hogar, que es opulento, mas no cómodo; porque las exigencias de la sociedad donde actúa son cada vez más tiránicas, no sobre él, sino sobre su mujer, sobre la reina que nadie ni nada debe atreverse a tocar. El se sacrificaría, pero es incapaz de sacrificarla a ella. Y entonces, no queda más que la guerra sin solución posible, porque su causa no está en el patrón atacado, en el responsable visible de la iniquidad, sino en una influencia más fuerte que la suya. Así la guerra social en que estamos comprometidos, tiene por causa y por responsable a la mujer: Es su abandono del hogar el origen de todos esos males, porque la echa a las competencias del lujo, al intelectualismo, a la política, a todas las exigencias insaciables con que pretende substituir, sin conseguirlo nunca, la verdadera superioridad de la condición abandonada. Es que la mujer no resulta inferior al hombre porque sea desigual a él. Repito que, al contrario, es superior como elemento social, puesto que representa la estabilidad, el bienestar y la estética de la civilización. Su error está en que se compara, y en que así comparada, resulta inferior al hombre intelectualmente. Pero el

hombre, a su vez, resulta inferior a ella en otras cosas. El feminismo no revela, así, sino la ignorancia femenina en filosofía y en historia. La lógica nunca fué un tesoro femenino; y en cuanto a la historia, desdeñada por una pedagogía excesivamente racionalista, como asignatura mnemónica, representa la gran deficiencia de la cultura contemporánea. Si las mujeres supieran historia, advertirían que el feminismo es una doctrina de infamia y degradación.

Atendamos, en tanto, una objeción que hace rato formularon las lectoras de estas líneas.

La igualdad que el feminismo pregona, no es la de los sexos, sino la de los derechos inherentes a la condición humana. Y así la esterilidad deducida como una consecuencia del sexo único, es un sofisma. Queremos que la mujer se iguale al hombre, pero sólo como entidad jurídica.

Desde luego, insisto una vez más en la esterilidad efectiva que coincide con las épocas del feminismo; en el menosprecio de la maternidad, que el intelectualismo femenino comporta; en el abandono de la maternidad que ocasiona el lujo. Es que todas esas, son formas de egoísmo, mientras la maternidad significa una generosi-

dad suprema. Belleza, seguridad, salud, quietud, libertad, los mejores encantos de la vida egoísta, todo lo sacrifica la mujer madre al divino dolor de fructificar para la especie, con tanta frecuencia, ay de mí, bajo el riego único de las lágrimas.

Pero es que al reclamar la igualdad de derechos, sólo se piensa en ellos abstractamente: como si fueran una cosa que la ley puede dispensar "ad libitum", o los deberes humanos ejercer y disfrutar sin atención ninguna a sus diversas condiciones. Nadie ignora que sucede precisamente lo contrario. Los derechos son una consecuencia de aquéllas, provienen del carácter moral, intelectual, fisiológico, que reunidos determinan a su vez la actividad normal de los individuos; de manera que una actividad normal distinta de la masculina, ha de engendrar y exigir también distintos derechos. Y es lo que pasa. No basta la condición humana, pues los niños la presentan, y sin embargo, no tienen los mismos derechos que el adulto. Al contrario, cuanto más distintos sean al hombre y la mujer más profunda resultará la armonía social, más agradable la vida en común, y más fecunda sexualmente hablando; pues la acentuación del dimorfismo

sexual estimula la inclinación mutuamente complementaria que recibe el hombre del amor. Cuanto más hombre sea el hombre, y más mujer la mujer, más robusta ha de resultar la pareja y más intensa la atracción que la ha formado.

Esto nos lleva otra vez al fondo de la cuestión práctica, que no es, como va viéndose un mero desarrollo lógico. Es precisamente una feminista quien lo ha demostrado hace poco, por medio de un libro poco difundido, aunque a la verdad interesante. La señorita Arria Ly dió mucho que hablar la vez pasada con motivo de un desafío lanzado por ella a un periodista, con todas las reglas masculinas del caso, dos padrinos, o mejor dicho testigos, para eludir con el común de dos la necesidad un tanto irónica de decir madrinas, pues se trataba de dos señoritas; pistola o espada, a elegir; acta y sangre.

Como el provocado no aceptara, la señorita hubo de abofetearle en público, aunque sin mayor éxito a los efectos del lance; pero lo más interesante en esto no es el desafío mismo. Desde el ya clásico con que se disputaron a puñaladas el amor de Filipo de Macedonia, Olympias, madre de Alejandro, y otra princesa degollada por

aquélla en el lance, los duelos femeninos son cosa vista. Menos frecuente es el caso de la señorita Ly, si bien existe, en literatura al menos, el clásico de Clorinda. Pero repito que no es esto lo interesante, sino la causa del incidente, o sea una crítica adversa a cierto libro de la señorita Ly, titulado de esta significativa manera: "¡Vive Mademoiselle!" Fácil es adivinar la tesis: el matrimonio es una desventaja para la mujer. El estado de señorita es superior al de señora; y en cuanto al porvenir de la especie, no es cosa que deba preocupar a las mujeres, "víctimas" de la maternidad. Esta consecuencia egoísta y epicúrea, coincide, como fácilmente se echa de ver, con la propaganda cristiana de la virginidad, que la iglesia declara estado superior al materno; pues toda doctrina contraria al desarrollo normal de las condiciones naturales de los sexos conduce fatalmente a la esterilidad. El cristianismo proclamó también, en teoría a lo menos, la igualdad de la mujer....

En cambio, el libro en cuestión tiene el mérito de la franqueza y de la lógica: descubre la última consecuencia del feminismo, o sea la monja laica, todavía más quimérica que la antigua amazona, pues ni

siquiera entiende que el sentimiento del honor, tanto como sus consecuencias sociales, son cosas distintas en el hombre y en la mujer. Las Amazonas guerreras, las Clorindas, las Juanas de Arco, las rusas exterminadoras de Sacher Masoch, en dos palabras: los marimachos soldadescos, las "varonas", sólo interesan al sentimentalismo degenerado de ciertos histéricos; pero la feminista es una plaga general, un elemento de corrupción, que si ayuda, ciertamente, a disolver esta civilización cristiana tan poco apetecible, resulta intolerable, sin embargo, al comprometer con su desvarío el desarrollo normal de la vida, o sea la propia condición fundamental del mejoramiento futuro. Su origen y hasta su consecuencia son cristianos, vale decir, retrógrados en su aparente audacia revolucionaria.

Pero la literatura feminista acaba de enriquecerse con otras dos obras, si bien de muy diversos caracteres, móviles y propósitos. Las memorias de la princesa Luisa de Sajonia, lanzadas hace algunos meses a la publicidad, y las actualísimas de doña Eulalia, infanta de España.

Inútil añadir que lo menos interesante de estas producciones, es para mí el es-

cándalo, después de todo mediocre, pues en esta capital de la revolución, no hay cosa más vulgar que una princesa destornillada. Lo cual ya es de suyo un triunfo sabrosamente revolucionario. Un destino trascendental en su aparente ligereza, hace que París sea el quebradero de las monarquías, el sitio donde la gente de sangre real viene a exhibir todos los vicios y las bajezas. La compostura y la dignidad han quedado para los plebeyos jacobinos de la república. Así también, entre nosotros, no está abajo, en la capa directamente limítrofe, la supervivencia de la indiada.

Los seudo libros principales tienen una importancia indirecta pero grande para el asunto, al comportar dos rebeliones en el seno de esas familias inmóviles de la monarquía, donde, naturalmente, el dogma de obediencia que esa forma de gobierno representa en su plenitud, impera absoluto. Como ejemplo, será indudablemente nefasto para todas las mujeres chifladas de aristocracia, que viven de imitar en las princesas lo más fácil y vistoso, o sea las malas costumbres; pero dichas damas no merecen una profunda piedad.

Sucede lo mismo con las casas reales, donde todos los sentimientos, empezando

por aquellos más nobles, hállanse subordinados a las conveniencias de la política, haciendo de tales familias despreciables raleas cuyos mismos dolores son farsas indignas de compasión. Lo que interesa, como digo, en aquellas aventuras, es la rebelión inherente, o sea el procaso interno de destrucción que revelan en las dos monarquías más reaccionarias de Europa: las dos casas cuya unión representó durante el auge absolutista el máximo poderío. Algo quiere decir, sin duda, que la princesa real de la beata Sajonia, una Hapsburgo-Borbón, y de los ultra-reaccionarios Borbones de Nápoles, se eche a arrastrar por media Europa, en un escándalo periódico, el honor de su marido y de su familia con el vengativo cinismo de una criada despedida; así como que una infanta de España salga declarándose "feminista rabiosa", socialista y enemiga de la Inquisición, aunque luego se retracte para no perder la pensión que la sirve su necesitado país, por el trabajo de haber nacido princesa.

Pero ello significa algo más: que ninguna mujer, por reina que sea, puede liberarse sin escándalo de la tutela del hogar. Todos esos libros son, antes que nada,

escandalosos, y en ello estriba su deplorable valor; pues de lo contrario, apenas habría nada menos interesante que las calaveradas de la princesa de Sajonia y el feminismo de la infanta de España.

Revelan estos actos una cosa más importante aún: la extensión de la calamidad que se ha infiltrado por doquier y que todo lo corrompe, imponiendo con urgencia la necesidad de correctivo. Ello requiere, ante todo, la acción de las mismas mujeres a quienes es necesario revelar claramente la falacia de semejante empresa; pues una apreciación superficial puede presentárselas tolerable, a título de mal entendida solidaridad.

Los países jóvenes y ricos deben evitar en lo posible toda emigración de las enfermedades que sufren estos más antiguos, como resultado de la miseria y del desgaste. Su juventud y su anhelo de progresar, suelen arrastrarlos a una imitación excesiva que no discierne entre lo provechoso y lo nocivo, sacrificando, en ocasiones, excelentes prendas nativas a novedades de dudosa utilidad. Tal, por ejemplo, esa cultura ilimitada de la mujer en establecimientos preparados para los hombres, o sea la apertura de las enseñanzas secun-

daria y superior, sin reflexión previa, por inercia, por imitación, por deficiente apreciación de lo que es la verdadera cultura. Desde luego, el acceso de nuestras mujeres a la ilustración masculina, coincide con una visible deficiencia de su educación, con un desborde espantoso de lujo y con inclinaciones callejeras cada vez más desarrolladas. Estos son, en todas partes, los prodromos de la esterilidad, las causas esenciales de toda corrupción. Salvo excepciones rarísimas, el hombre sacrificará siempre al lujo que su mujer le pida todo principio moral; de tal manera es imperioso en él el instinto de proteger y agradar a su compañera, la formadora y conservadora del hogar. He dicho ya que toda la ambición masculina de enriquecimiento proviene de ahí, y por ello el supremo orgullo del rico es la exhibición de una mujer lujosa. Del propio modo, el esfuerzo por la gloria, por las posiciones honoríficas, persigue como supremo coronamiento, aunque más o menos indirecto y obscuro, la satisfacción de ser algo ante una mujer. Así es ella quien nos civiliza o nos degrada, a costa, sin duda, de un sacrificio como lo es para ella el amor; pero esta es la ley de justicia sobre la tierra: no hay superioridad

que no exija un sacrificio correspondiente, y aquélla es la primera entre todas. Así, la misma alternativa compensadora que constituye la vida de las cosas y de los seres la ley suprema, puesto que a ella nada escapa, está enseñándonos la quimera del egoísmo que pretende hacer de la existencia un continuo goce: subordinarlo todo a la satisfacción individual.

Ahora bien, el organismo de la mujer, constituido ante todo para la maternidad, es egoísta de suyo, al resultar, así, absorbente, centrípeto, eminentemente conservador. Desde el movimiento instintivo de la defensa, el hombre opone sus brazos al peligro: la mujer los aprieta sobre su seno. Luego, la envidia que constituye la crisis negra del egoísmo, constituye una afección bien femenil; y no es difícil percibir sus efectos en la pretensión feminista de la igualdad con el hombre: todos los derechos de éste, pero también todos los de la mujer. Con poco esfuerzo probaríase, entretanto, que los derechos masculinos son una consecuencia del destino combatiente del hombre, de su condición de guerrero; precisamente de aquello que la mujer no será jamás por imposibilidad física; pero no hay, por ahora, tiempo para demostrarlo,

y cualquier persona inteligente sabrá hacerlo, por lo demás, si le interesa. Únicamente quiero advertir que para mí esos derechos no son, como suele afirmarse, una compensación del servicio militar. El hombre es el eterno combatiente de la libertad y de la justicia, y por ello el organizador de ese combate. En esto consisten sus derechos y para esto son. A la mujer incumbe custodiar y convertir en bien privado la justicia y la libertad que ha conseguido el hombre.

No extrañe el lector si en vez de una crónica sobre el feminismo y sobre las memorias de las princesas he preferido hacerle la filosofía del asunto. Aquéllo érame más fácil; pero entiendo que esto resulta más útil. El escándalo no interesa a ningún espíritu recto; y tanto esas memorias de damas aristocráticas como las ridículas comparsas de "suffragettes", son escándalo liso y llano. Eso es lo que hace ruido, lo que se oye y puede parecer por lo mismo fruto de porvenir. Error profundo. Allá en el silencio de sus hogares, millones de madres silenciosas y fecundas como la tierra útil, son las verdaderas autoras del porvenir que aseguran prolongando la vida. Ellas no hacen ruido, ni teorías, pero ha-

cen hijos, que es mejor. Pueden decir con justicia que cada una de esas vidas inteligentes equivale a muchos libros; que conservar una patria y formar una raza, es más importante que constituir gobiernos y mandar ejércitos; que aun siendo inculta y grosera, vale más la fecundidad de una madre que la producción intelectual de una doctora, porque las doctoras son reemplazables por los doctores, mientras sin madres deja de existir la patria.

París. 1912

## NUEVAS VICTIMAS DEL ORDEN

COMO era de esperarse, la reapertura de las sesiones parlamentarias, no obstante su desusada solemnidad, puesto que con la primera ha entrado la ley de la autonomía irlandesa en su fase decisiva, hubo de contar el inevitable incidente sufragista, si bien provocado esta vez por los diputados conservadores. Las intrépidas propagandistas del voto femenino, evidentemente eliminadas por la coladera policial, no tuvieron ocasión de exhibir sus energías. Pero ellas andan manifestándose por esas calles y paseos, con la agresiva vivacidad de costumbre. Esta persistencia, comunica al movimiento un carácter de seriedad que es imposible desatender y que ciertamente le asegura el triunfo, tan luego como un político inteligente comprenda su importancia regeneratriz ante el progresivo desprestigio del sufragio. Aquí está la coyuntura favorable que un día u otro convertirá en ley esas aspiraciones, comportando, sin duda, el desengaño habitual, pero señalando tam-

bién con ello la adhesión de tales energías, hoy extraviadas, al gran movimiento de transformación social cada vez más emancipado de la tramoya política. Cuando voten las mujeres que desean votar, adquiriendo, así, la experiencia negativa del voto, pues ello es inevitable, su esfuerzo dejará de gastarse en la rotación de ese volante al vacío, y su descontento, bien explicable a decir verdad, engrosará la imponente masa cuya resistencia pasiva aísla paulatinamente a los gobiernos en un círculo vicioso de impotencia y de inutilidad.

Entretanto, cometen desórdenes, embarrullan, comprometen la quietud de los privilegiados; y mientras éstos llegan a comprender el precioso refuerzo que esa nueva masa de electores comporta en su misma aparente hostilidad, el castigo suministra a la causa los mártires necesarios rodeándola de la simpatía que suscita como una protesta natural, todo esfuerzo injusto o excesivamente perseguido.

Así sucede con las sufraguistas condenadas a trabajos forzados por tentativa de incendio y vías de hecho contra dos ministros, sentencia excesiva, como todas aquellas que castigan intenciones, y agravada hasta la crueldad por la alimentación forzo-

sa de los reos, decididas a hacer la huelga del hambre, mientras no se las traslade de la prisión donde están mezcladas con asesinos y prostitutas.

Tratándose de gente honesta, condenada por delitos de opinión, aquella identidad con semejantes perdidas, es atroz y desesperante. Pero los defensores del orden, no saben ni pueden distinguir. La rebelión es para ellos el crimen supremo, sobre todo cuando alardean de demócratas y campeones de la justicia social, no habiendo, como es sabido, cuña peor que la del mismo palo. Agentes de un dogma que establece la diferencia social y política de la mujer por imposición de obediencia, no como resultado natural de una conformación distinta, niéganse a ver en este movimiento, extraviado sin duda, una consecuencia de la iniquidad social y como de ésta viven y prosperan a fuer de gobernantes, castigan como rebelión contra un orden de cosas para ellos naturalmente ventajoso, lo que no es sino un fenómeno enfermizo de aquella misma iniquidad.

El hogar desordenado por la explotación capitalista de que los gobiernos son humildes servidores, ha lanzado al mundo una enorme masa de mujeres, las cuales, subs-

traídas a la maternidad y al trabajo doméstico, que en toda sociedad bien organizada compensa la actividad exterior del hombre, asegurando la estabilidad de la familia así constituída, por el rendimiento equivalente de uno y otro sexo, afirman su derecho a la vida, siquiera sea defectuosa y antisocial, ejercitando actividades anormales, desde que presuponen una competencia artificial con las masculinas. Este desarrollo unilateral de las energías humanas, es la causa del desequilibrio que nos trastorna. Fuera necio pensar que la mujer, llamada a instruirse, no aplicará al mejoramiento de su vida los resultados de aquella instrucción. Cuando el destino de los sexos se completa en la integración de la familia que imperiosamente tienden a constituir, la mujer aplica esos conocimientos al desarrollo de su actividad normal: quiere instruirse para ser mejor esposa y mejor madre. Alcanzado este objeto, nada más desea; pues el concepto de la felicidad, estriba para cada ser en el desarrollo normal de sus actividades. El hombre procede, necesariamente, del mismo modo. Y así es como la determinación recíproca de los sexos en el desarrollo de sus actividades peculiares, somete toda la vida humana a la ley de amor cuyo impe-

rio constituye la dicha individual y social en un común resultado de armonía. Fuera de esto, no hay sino egoísmo y esterilidad: vida inútil, como lo es toda fuerza obligada a actuar en círculo vicioso. La mujer competidora del hombre, es un contrasentido, según lo demuestran las mismas consecuencias de esa pretendida emancipación. El movimiento feminista, blasona de hostilidad contra el hombre, el aislamiento sexual, la capacidad quimérica de vivir sin su concurso, es decir, el suicidio de la especie como término de tan absurda evolución.

Pero la superioridad de la especie humana, consiste en que ella es voluntaria y racionalmente capaz de vivir para un ideal desinteresado, en ese sacrificio permanente del bienestar individual a la felicidad colectiva, que es el fundamento del progreso social. Así vive la mujer para el hijo y el hombre para la patria; así es como únicamente pueden ambos vivir, en el concepto humano de esta palabra, sin estar sometidos a la fatalidad del instinto. Por lo mismo que el ser humano puede, con su voluntad y su inteligencia, modificar el resultado de sus actos a semejanza del animal, la diferencia entre éste y aquél es absoluta. De ahí proviene la responsabili-

dad en cuya virtud somos provechosos o nocivos a la especie, según sacrifiquemos o no a las satisfacciones egoístas nuestra propia actividad.

La sociedad actual padece y se desmorona porque ha erigido en ley suprema el egoísmo. El error del movimiento feminista, estriba en la creencia de que la emancipación impuesta a la mujer, su expulsión del hogar mejor dicho, la desintegración de la familia engendrada por una explotación feroz, comporta un progreso. La mujer que acepta ese resultado y lo fomenta y propaga como un bien, autoriza su propia degradación. Mas fuera soberanamente injusto echar sobre ella sola toda la responsabilidad. Ella es, por el contrario, la menos responsable. No ha hecho más que seguir el ejemplo pernicioso del egoísmo masculino, aceptar las consecuencias de una situación que no ha creado. Al faltarle el hogar y el hombre, su vida carece de objeto. Entonces entra a competir en el único género de actividad que le resta. La ley del egoísmo, que impera con terrible simplificación, ha convertido el mundo en un inmenso rebaño de siervos explotado por unos cuantos pastores. Hogar, creencias, esperanzas, están sacrificados a la ley inexorable de vivir a-

quellos como las bestias de labor, costean-do con un máximun de actividad una existencia reducida al mínimun de las satisfacciones puramente orgánicas, para que los otros, los privilegiados, gocen correlativamente hasta un exceso nunca visto. Y la mujer ha caído víctima de esta fatalidad, como que al no existir hogar, creencias ni esperanzas, su divina misión de fecundidad y de consuelo, concluye sobre la tierra.

He aquí otro de los grandes crímenes del orden que los gobiernos representan, pues aquél consiste, como es sabido, en el sostén de los privilegios cuya subsistencia determina la constitución de la sociedad actual. La mujer arrojada de su paraíso conviértese en el elemento de disolución y de dolor que preveía la terrible leyenda; entonces el demonio del orden, monstruo de egoísmo, como que es la expresión y el guardián celoso de aquella calamidad, castiga en la pobre extraviada las consecuencias de su propio crimen. La encarcela y martiriza en esta Inglaterra de los gentlemen, en esta tierra de libertad, en esta patria de aquel único William Shakespeare, a cuya dulce magia eternizáronse en belleza el amor y la piedad, que personifican como suaves perlas de dolor Desdémonas y Julietas.

Estúpida como siempre, la bestia autoritaria empéñase todavía en justificar la empresa quimérica, en agrandar el abismo de aislamiento que separa los sexos y va convirtiendo la sociedad en una casa de fieras, inferiores a aquellas mismas del bosque. Porque leones y tigres están sujetos a la ley de amor, renegada por los humanos como si fuera un principio de esclavitud, un consentimiento de oprobio. No comprende que en esa aceptación de su aislamiento, la mujer sométese todavía a la fatalidad de las instituciones tiránicas, que esa lucha por los derechos políticos es un acto de fe en la miserable comedia parlamentaria, una alianza implícita con el orden; y lejos de apreciarlo así, empéñase en desengañar a la víctima, en precipitarla hacia los desenlaces que no busca y que están naturalmente fuera del orden como todas las actuales aspiraciones de libertad.

Yo no soy un feminista, desde luego. Entiendo que esta doctrina, lejos de procurar la dignificación de la mujer, sistematiza el desalojo de su posición augusta, obligándola a entrar en competencias imposibles cuyo resultado es la corrupción y la miseria. Por lo mismo que le atribuyo una importancia tan grande, como que sin ella no

hay a mi modo de ver, familia ni patria, su pretensión de convertirse en una especie de semihombre, inferior desde luego a su dechado masculino, me parece la más deplorable de las quimeras. Conforme en que luche por mejorar su lamentable estado pero de acuerdo con el hombre que padece análoga injusticia, y no para dejar de ser mujer, sino para serlo conforme a la ley de armonía natural violada por una sociedad inicua. El feminismo es una enfermedad social—un mero agente de destrucción. La mujer no padece por falta de igualdad ni de derechos políticos que el hombre posee sin ser más feliz con ello. Lo que causa su desventura, es, por el contrario, la igualdad ante la miseria, ante los trabajos de competencia masculina, ante deberes que no le incumben. Cuando ella trabaja en el hogar, como esposa y como madre, hace la parte de labor que le concierne, en su máxima expresión de rendimiento útil; porque el hogar así formado, es el fundamento de la civilización y de la patria. Sus derechos son de carácter interno, por que no le compete la vida exterior. Pero en su santuario cerrado, ella gobierna, que es decir, dirige, con tanta eficacia como el hombre. El hogar es más necesario que el parlamento, porque sin

parlamento se puede vivir, pero sin familia no.

Mas con esto no se niega a la mujer el derecho de discutir. Como todo ser inteligente, la libertad de pensar, de propagar, de equivocarse también, que sólo errando se aprende a salir del error, es inherente a su condición humana.

De aquí que toda violencia contra ese derecho, merezca la más enérgica condena. La lucha por la libertad, es respetable hasta en sus mayores extravíos pues la aspiración que la engendra existe en todos los corazones como un gérmen de distintiva nobleza humana; y después de todo, la mujer no deja de ser tal por el hecho de querer convertirse en hombre.

El gobierno liberal, que tolera ahora mismo la incitación a la guerra civil predicada por los legisladores unionistas, se muestra implacable con esas pobres mujeres cuyo delito consiste en querer votar sometidas a la ley, como cualquier ciudadano obediente y tranquilo. Es que aquello forma parte de la política, vale decir del orden de cosas que los gobernantes explotan en su provecho, y que por lo tanto les resulta infinitamente respetable; pues de este modo es co-

mo entienden los políticos la consabida cantilena del bien público.

Todo ello no será obstáculo para que las sufragistas consigan su propósito. Esto nada remediará, pero es ciertamente inevitable. Tengo observado que entre los propagandistas dominicales del Hyde Park, sus oradoras reúnen el auditorio más nutrido. El día que puedan votar, sus adherentes, desengañadas de la falacia política, habrán consumado el desengaño público respecto a ese ídolo infantil y vano cuyo vientre inflado de boletas pare siempre el mismo ratón. Bajo este concepto, es preferible que lo consigan cuanto antes. La política se pondrá más divertida, lo cual no es poco decir, tratándose de profesión tan ingrata para el pueblo que la costea.

Londres. 1913

## EL JARDIN VENENOSO



El suicidio involuntario de una damisela prostituta y borracha quien se fué de la mano en sus habituales dosis eterómanas, ha inspirado a la prensa de París tal cantidad de crónicas, comentarios y grabados, que durante una semana fué dicha persona una heroína de leyenda. Todos los diarios, desde el más casquivano hasta el más grave, rivalizaron en celo para informar a sus lectores sobre aquel drama repugnante y vulgar; pues lo cierto es que hasta en el mundo del vicio, los eterómanos son ya personajes cursis. Pero lo más singular es que ninguna de las publicaciones en cuestión tuvo una palabra de comentario para la inmoralidad del asunto, consecuencia de una desastrada vida, hecha andrajos por la más torpe degradación a la juvenil edda de veintidós años. Ninguna evidenció como sería útil, el horror de esas caídas que convierten un ser humano, desde las mismas puertas de la infancia, en pozo de deyecciones a tarifa, acumulando sobre

esta suprema infamia los vicios mortíferos cuyo efecto presenciábamos diariamente. Abundaron, por el contrario, los detalles gratos al ejercicio de la carrera que ejercía la persona en cuestión, desde su estreno infantil, celebrado por la literatura pornográfica a la cual debió fama y seudónimo, hasta su "colocación" eventual en manos de tal o cual personaje, sus instalaciones fastuosas, su elegancia irreprochable, su espiritualidad celebrada y hasta su especialidad en bailar el tango completamente desnuda. El mismo vicio que la ha llevado al sepulcro; resultaba elegante manía, paraíso artificial lleno de dulces tentaciones en su propio riesgo; su muerte, extinción poética de doncella tendida entre flores—pues así la describían—rodeada de coronas valiosas, visitada por numerosa concurrencia de personas elegantes entre las cuales no faltaban los indispensables argentinos...

La propaganda y el respeto del vicio resaltaban en toda aquella información. Notábase un verdadero interés por presentar la carrera infame de la heroína bajo los rasgos más halagüeños y divertidos, sin una sombra, sin un desagrado, antes con exageración favorable como aquella relativa a su inteligencia y espiritualidad; pues

cualquiera deducirá el estado intelectual de una persona entregada desde los trece años al ejercicio de la prostitución y al abuso del éter.

Y no se crea que la prensa aprovechaba el incidente, como suele a veces acontecer, por falta de noticias interesantes. Abundaban éstas, por el contrario, tanto en lo relativo a los asuntos balcánicos que amenazan embrollarse de nuevo, como en lo que respecta a los disturbios irlandeses o a las recientes grandes maniobras militares. Por esto mismo la extraordinaria publicidad acordada al caso en cuestión, adquiere una deplorable importancia.

Fácil es inferir los estragos que causará entre las muchachas pobres a quienes la miseria y las tentaciones de la gran capital incitan a traficar con sus encantos. La misma muerte de la cortesana, vista a través de esas crónicas, adquiere un romanticismo trastornador para las imaginaciones juveniles. La pornografía ha abandonado ya aquel argumento hipócrita en cuya virtud describía la inmoralidad para estigmatizarla con filosofías que resultaban inoficiosas o necias. Y es que el vicio, al tener por atmósfera natural el escándalo, no reconoce otros correctivos eficaces que la incomuni-

cación y el silencio. La exhibición, por infamante que sea, tórnalo, al contrario, cínicco y audaz. Es él quien triunfa en aquélla, poniéndola luego a su servicio.

Ahora bien, todo esto causa un daño enorme a la moralidad interna y al prestigio exterior de la Francia. Sus verdaderos amigos, los que no la queremos para gozarla como a una meretriz, según lo piensa y practica la clientela del bulevar, sino para amarla mejor en la intimidad de su noble espíritu, observamos con pena esas demasías que tampoco podemos callar sin mengua de la verdad debida a nuestros propios países. Porque su influencia es tan poderosa, que habemos menester combatirla sin descanso en cuanto pueda resultarnos perjudicial.

Suelen los franceses decir que la opinión del extranjero inspírase sobretodo en la novela de exportación. Pero la prensa de París no está escrita con ese objeto; y cuando la vemos emprender con tanto ahinco la apoteosis de la cortesana, debemos suponer que sus lectores lo exigen o que ella padece el más lamentable error.

De ahí resulta que la libertad de espíritu tienda a confundirse con el desenfreno, justificando la moral represiva de absolutis-

tas y clericales; que el vicio constituya una señal de distinción, que los individuos ingenuos disfracen su pobreza espiritual con la arriesgada frecuencia de los peores espectáculos, en los cuales creen saturarse de esencia ultra parisina. El lucro inmediato que se realiza con semejante clase de extranjeros, redundando en perjuicio incalculable para el prestigio francés, pues como los dichos son la mayoría, y sobretodo la mayoría que hace ruido, tienden naturalmente, a generalizar para la nación entera los resultados de su experiencia deplorable; con lo cual sufre detrimento aquello mismo que constituye la verdadera superioridad francesa.

He dicho el lucro, y aquí está la verdadera razón del extravío comentado. La cortesana empezó, efectivamente, por imponerse al comercio, en vista de ser ella quien más y con mayor desprendimiento gasta y hace gastar; lo que en una civilización tiránicamente dominada por el comercio, es motivo de éxito respetable. Bastaría esta circunstancia para caracterizar la bajeza de semejante civilización, demostrando, por otra parte, la superioridad de aquellos principios que no dan provecho material, pero sí honra y nobleza de espí-

ritu; pues como no me cansaré de afirmarlo, las verdaderas excelencias de la vida están dentro de nosotros, constituyendo dominio privado en el cual solamente se dignifica criando alas de espíritu la fiera bestia carnal. De este modo, no hay comparación posible entre las satisfacciones materiales de la cortesana, y la suave serenidad espiritual que constituye la dicha de las puras; mas esto requiere enseñanza, para que cada ser humano aprenda a gozar de su alma, y no se muera como los parálíticos, sin haber paseado su propio jardín. No hay comparación posible, repito, entre una y otra cosa, porque son de calidad diversa, de combinación impracticable; estribando en esto que la inocencia no desee al vicio, como éste, a su vez, la desdeña. Mas cuando la enseñanza consiste, al contrario, en fomentar y elogiar tan sólo los éxitos materiales, la satisfacción interior desaparece, la moral no es ya un estado de conciencia, sino una cadena, y la fiera así contenida aumenta, como es sabido, en ferocidad. Las revoluciones más sangrientas han demostrado cómo educan en realidad los principios que ellas renegaron. Sus siniestros agentes son, desde luego, productos del régimen caído.

En esto consiste el peligro profundo del vicio amnistiado ayer, glorificado ahora. Imposible, entretanto, capitular con el vicio; no porque Dios o las conveniencias sociales lo manden, sino porque aquél, como todo abuso de la vida, atenta contra la vida misma. En este concepto incommovible y verdaderamente humano de la moral, concílianse todas las opiniones. El vicio es malo, no en virtud de mandamientos divinos y de las leyes humanas, sino porque sacrifica a una actividad parcial de la vida toda esta compleja función, engendrando con el exceso de placeres materiales, enfermedad, miseria, ruina, embrutecimiento, cobardía, esterilidad.

A causa de que la moral no significaba eso, siendo una expresión despótica del dogma de obediencia, sólo había de producir inmoralidad. Y es lo que pasa. Conforme a un símil famoso, esas mismas damiselas son en su brillante frivolidad, en su vagabundo casquivano, de apariencia despreciable o baladí, las moscas azules, agentes de disolución cadavérica. Van por doquier, infestándolo todo. Las mujeres honradas entran a competir con ellas; el teatro y la literatura revisten de especiosa alcorza su sexcesos. Esto nada significa

para el observador de pacotilla literaria, el necio que disfraza de elegancia su escasez mental, el mentecato cuya superioridad escéptica es con mucha frecuencia un ardid de encubridor; pero si bien se mira, siendo el objeto de la civilización, en sus tres cuartas partes, el bienestar de la mujer, las peores calamidades que la amenazan provienen también de esta última. Civilizar, significa organizar progresivamente la vida civil cuyo fundamento y objeto definitivo es la instalación, la seguridad, la mejora del hogar. Sin éste, no existe la civilización; y nadie ignora que el hogar es el santuario levantado por el hombre a la madre y a la esposa.

Ahora bien, la cortesana es por excelencia el enemigo del hogar; de suerte que cuando su influencia predomina, peligra con éste la civilización.

Basta observar lo que al respecto enseñan esas grandes reuniones mundanas, donde por las audacias del traje y de las maneras es cada vez más difícil diferenciar a la dama de la meretriz. El lujo excede ya en aquellas mujeres los más famosos caprichos de las reinas antiguas. Cada una consume, transformado en dinero, el trabajo de millares de hombres. Son las es-

posas y las mancebas de este banquero, aquel ministro, esotro potentado de la industria o del comercio: los que gobiernan, en una palabra. Cada año, cada día, sus mujeres exigen más lujo para esa áspera competencia material, que al revés de la distinción del alma, encanalla igualando bajo idéntico atavío la infamia y el decoro. La explotación de los hombres que producen la riqueza no puede cesar, ni atenuarse, ni inspirar lástima siquiera, pues cómo ha de vacilar el explotador, entre la satisfacción de la bien amada y los dolores de la anónima cuadrilla que le suda oro en la sombra. Pero el prodigioso aumento de los tesoros a cuya producción sacrifica el hombre lo mejor de su inteligencia, tampoco basta. Entonces es menester emplear los métodos bárbaros del despojo a la fuerza, y la guerra inicia su negocio siniestro. Para saber qué se hace de sus productos no ocurramos a la morada del pobre diablo, soldado heroico ayer, trabajador servil ahora, como anteayer y como mañana. Este, a lo sumo, tendrá laureles, sin contar el glorioso aditamento de un brazo inútil o una pierna rota. Los palacios de los potentados, el lujo de sus mujeres, nos revelarán el secreto. No sino para esto

se negocia con los instrumentos de matar y con la sangre humana que vierten.

El hogar obrero, destruído a su vez por la explotación despiadada, que no reconoce edad ni sexo, aumenta con su desquicio los elementos de la prostitución y del crimen. De ahí salen las moscas azules que propagan por todas partes la podredumbre. Estimularla es agravar y acelerar la sangrienta crisis que, amos y siervos, nos arroja unos contra otros.

Insistamos, pues, en nuestro decente silencio sobre ciertos delitos y ciertas famas lamentables. País joven y sano, pero también llamado a realizar enormes esfuerzos, si ha de ocupar con el poderío que soñamos su puesto entre las naciones, irremediable sería el despilfarro de su juventud en la malhadada imitación de tales excesos. La justificación del vicio a título de refinada distinción, fué en todo tiempo un ardid de las aristocracias corrompidas. Tengamos el sano orgullo de nuestra salud democrática. Nada más necio y ridículo que esa pretensión de hacerse a París, frecuentando sus tabernas y sus mujerzuelas. Quienes así proceden, sólo demuestran la clase de París que les corresponde. No es el foco luminoso, gloria y esperanza de la

humanidad, quien tiene la culpa. A él acuden juntamente el sabio en su vigilia, y en su vagancia el insecto. Sólo que uno saca provecho de su luz, mientras el otro se tuesta aturdidamente en ella.

Hay dos modos de conocer París. Uno que comienza a las once de la noche, tomando por hito las aspas del Moulin Rouge, para rematar a las siete de la mañana el peregrino, ahito de explotación desvergonzada, de lubricidad grosera, de vergüenza ante su propia estupidez, de tango, de champagne caro y mediocre; otro que empieza a las ocho de la mañana, constituyendo la jornada habitual de todo hombre laborioso. Añadiré que es este el de los grandes y profundos encantos. En París y en todas partes, no hay compañero como el sol.

Mientras tanto es deplorable que en todos estos escándalos ruidosos figura la clientela argentina como elemento indispensable. La crónica mencionaba singularmente a los individuos de nuestra nacionalidad en el cortejo de la damisela suicida. Esto nos pondrá de moda, pero a costa de nuestro buen nombre, más apreciable, sin duda, que la notoriedad. Basta y sobra con el tango, cuyo carácter y procedencia

nadie ignora, pero que sirve para justificar la desvergüenza so pretexto de exotismo. Pues muchas personas, generalmente más necias que corrompidas subordinan el decoro a su situación geográfica. Así, a los tangueros de por acá, que para deshonra nuestra, justifican con el rótulo argentino su innoble coreografía, corresponden muchas curiosas de por allá, que so pretexto de exotismo a su vez, y haciendo gala de altanera despreocupación, presencian espectáculos enteramente inaceptables para una mujer honrada.

El pretexto de que eso es conocer las cosas de París, constituye una hipocresía miserable. Todo el mundo sabe lo que se puede conocer en ciertos medios, así como lo que el pudor no puede conocer sin mancharse. Nadie, sin estar predispuesto va a engañarse con el rótulo de "artístico" puesto por algunos espectáculos a los llamados "desfiles de modelos" que no son sino desvergonzadas exhibiciones de desnudez, ni concurrir so pretexto de una rareza, que no es sino extravagante tontería, a los famosos "cabarets" donde reinan notorios el alcohol y la prostitución. Hay señoras argentinas que van, sin embargo, allá; y cumple a la más alta cortesía varo-

nil decirles que se deshonran con ello. No les vale la habitual absurda pretensión de ser casadas. El estado de matrimonio exige un pudor todavía más intransigente que el de la virginidad; pues si la soltera no compromete más que a su persona, la esposa mancha cuando falta, a su marido y sus hijos. Ahora bien: el pudor es virtud de tal naturaleza, que nunca queda enteramente ileso al contacto voluntario de la infamia. No discuto, por ejemplo, la integridad corporal de las esposas, que frecuentan un teatro consagrado a la glorificación del adulterio; pero sé que sus almas, o sea lo más interesante en verdad, no pueden quedar tranquilas después de haber presenciado espectáculos semejantes y el hecho mismo de que los soporten por mal entendida vanagloria de cultura extranjera, es ya un indicio de detrimento moral. Cuánto más no ha de serlo la contemplación de escenas directamente encaminadas a la práctica del vicio.

Por este camino se va pronto muy lejos. Siempre recordaré a propósito la patriótica indignación con que un amigo me decía haber encontrado en cierto hotel de Niza rodeando una mesa de juego, 4 ó 5 señoras interpoladas con otras tantas cortesa-

nas, por ellas mismas conocidas como tales, en una verdadera intimidad de tertulia. No quiero, naturalmente, presenciar detalles; pero este recuerdo me da pie para una advertencia necesaria. Es un error atenerse al otro conocido pretexto de que en el extranjero nadie nos conoce: socorrida autorización, por otra parte, pues para mantener el imperio de la ley de honor, basta conocerse uno mismo. Hay quienes ven y aumentan más de lo que pudiera creerse.

Afortunadamente, nuestras costumbres, imponen todavía su noble severidad allá en la patria que ojalá nunca las pierda. Pero no conviene arriesgarse demasiado, y dicha advertencia concierne sobre todo a las gentes de más alta posición social, porque suya es la responsabilidad en la materia. Mientras el país conserve intacta esa facultad de reaccionar, tendrá vida sana y carácter propio. El tesoro más precioso de la patria es la honra de sus mujeres. Y por de contado que no concibo esta virtud como un resguardo material, sino como aquella integridad de alma y cuerpo cuyo símbolo pusieron los poetas en el aroma de la flor; de tal suerte que aun hallándose invisibles la flor y el alma, están perfumando en torno por emanación

natural de su ser. Las mujeres argentinas cometen el más grande error, cuando modifican o disimulan con arreglo a tipo extranjero su personalidad tan llena de hermosura y de nobleza. Y esto, aun en los pequeños detalles. He visto más de una vez por los vestíbulos de los grandes hoteles, señoritas argentinas, que en ingenuo remedo de las parisienses de figurín habían aprendido a caminar como los maniqués vivos de los grandes costureros. Semejante costumbre, causábame la peor impresión, pues aquel paso constituye en la calle una gracia equívoca que evitan las personas decentes. Ahora poco, encontré de nuevo algunas de esas mismas señoritas de Buenos Aires. Ya no caminaban así. Habían tomado de nuevo el porte gracioso y distinguido que tan noblemente caracteriza a la porteña; y puedo asegurarles en nombre de la estética, que estaban mucho mejor. El padre Horacio, autoridad en la materia, llama "decentes" a las Gracias....

París. 1913

## EL MERCADO DE LA MISERIA

**E**s difícil concebir lección de cosas más terrible que una visita a las ferias de reventas autorizadas en todas las grandes capitales para el comercio de viejo, o mejor dicho, para el mercado de la miseria; pues no otra cosa significa esa valorización de los más innobles desechos, codiciados y adquiridos por criaturas humanas cuya condición resulta más degradada todavía.

La sociedad, sin saberlo, ni quererlo, por la propia fatalidad lógica del móvil que principalmente la impulsa, viene, así, a juzgarse y a sentenciarse. Después de haber erigido en principio fundamental el comercio, véese obligada a respetarlo bajo sus aspectos más innobles, con tal que ellos comporten una transubstanciación en dinero; pues este elemento, al igual del fuego sagrado, todo lo purifica y ennoblece. Fuera tiránico, sin duda, impedir que el propietario de una ropa usada o de un

sombrero viejo los venda exactamente como hacen con sus artículos el joyero y el modisto de la Rue de la Paix; pues una vez reducidas a dinero esas prendas, quedan ya igualadas bajo el mismo respetable denominador, al no existir diferencia de calidad entre la moneda del opulento y la del miserable. Un franco vale lo mismo en mano del señor y en la de su lacayo. Por eso tienen inevitablemente un espíritu inferior la colectividad o el individuo que regulan bajo el patrón de la fortuna su respeto y su menosprecio. La fórmula del cuánto tienes tanto vales, es un dogma comercial, sin duda, pero no representa ninguna excelencia humana. Por el contrario, entre los valores que constituyen este estado superior, y los que el comercio aprecia, existe una incompatibilidad completa. Valor es, en efecto, sinónimo de precio en materia comercial; mientras en material moral, los valores se caracterizan por no tenerlo. Nada valen en dinero; y al mismo tiempo todo el dinero del mundo no alcanzaría para comprarlos. Las sociedades que olvidan esto, y es el caso de la actual, son colectividades inicuas y tristes, donde la felicidad hállase substituida por el placer, el respeto por el miedo, el amor

de la libertad por la concupiscencia de la tiranía. En vano la democracia ha intentado remediarlo. Sólo ha conseguido substituir las tiranías personales por el despotismo, quizá peor, de la masa. El estado de esclavitud material y moral en que el soberano democrático se encuentra, ha variado tan poco desde los tiempos de la esclavitud legal, que por el camino de la política deberá contar con su par de millones de años para conseguir una diferencia apreciable. A la vista de esos mercados de la miseria, como el que recorrí hace pocos días en los alrededores de la plaza de Italia, no puede uno menos de reflexionar sobre esta cosa siniestra de la historia: el progreso no es para los miserables. Resulta increíble lo poco que ha variado la vida para el pobre en los dos mil años de nuestra civilización cristiana. Quien vea en su tabuco de Londres, de París o de Buenos Aires al zapatero remendón, al tachero, a la costurera; en su pescante al cochero, en su chalupa al pescador, habrá contemplado exactamente las mismas imágenes de la Roma cesárea. El traje, el calzado, la comida son casi los mismos. El hombre de cultura media lo ignora, porque está acostumbrado a considerar la antigüedad clá-

sica bajo una falsa idea de museo escultórico. Si se le enseñara la historia como es, vería que la misma injusticia abarca todos los ramos de la actividad humana. Pero esto resultaría incómodo para los moralistas felices que predicán el encanto del dogma de obediencia. Todos hemos asistido en nuestros libritos de lectura primaria a la consabida escena en que el niño rico y anémico encuentra durante un paseo por la campaña al rozagante labradorcillo que le ofrece huevos frescos y flores, repleto de salud, aunque no tiene vestidos lujosos, juguetes caros ni carroza: todo ello para sacar en consecuencia que el campesino pobre disfruta una condición superior a la del ciudadano rico, y debe, por lo tanto resignarse a su suerte. Mas, fuera de que hasta hoy no se ha visto un rico de la ciudad trocar sus "detestables" millones y su "pompa engañosa" por las "delicias" de la miseria labriega, mientras abundan los campesinos que han hecho y aspiran muy justamente a hacer lo contrario, las estadísticas están ahí enseñándonos que la mortalidad infantil es mucho más numerosa en la campaña.

Al mismo género de mentiras pertenece la aserción en cuya virtud los beneficios

de la ciencia permiten vivir al ganapán contemporáneo en mejores condiciones que el señor de la Edad Media; pues mientras hoy, como ayer, aquél trabaja con exceso para ganarse una mísera vida, padeciendo frío, hambre, desnudez, el barón no trabajaba, vivía harto, disfrutaba de todas las comodidades existentes entonces, o sea de las únicas que podía apetecer, resultando así, entre su vida y la del mísero, la misma diferencia de ahora.

No falta en ningún hogar miserable de nuestras ciudades el candil de botella en el cual sobrenada un poco de aceite que embebe un pábilo aboquillado, como mecha por un tubito de metal. Los pobres de la Roma cesárea, conocían igual utensilio. El fuego invernal de millares de casas inglesas está alimentado por la misma turba hedionda y fuliginosa que encendían, con igual objeto los primitivos británicos. Cuando examinamos los documentos antiguos, como aquella famosa tarifa de Diocleciano y las diversas estimaciones que hacen sobre los precios convenientes y sobre los salarios muchas leyes romanas, sorpréndenos, en verdad, la diferencia escasísima del costo entre aquello y nuestros artículos de limentación. La naturaleza y la calidada

de éstos, tampoco ha variado; si alguna diferencia apreciable existe, es en contra, debido a la perfección científica de nuestras falsificaciones. Todo lo cual no significa en ningún modo cantar "las delicias del tiempo viejo". Por el contrario, para el pobre, todos los tiempos han sido igualmente malos. No hay, en consecuencia, sino un medio de abolir la iniquidad, y es suprimir la miseria. Mientras exista este azote, el mismo progreso resulta una maldición para la mayoría de la humanidad, puesto que multiplicando los medios de mejorar la vida, no sabe tornarlos accesibles a quienes más los necesitan.

¡Abolir la miseria! Los ilusos que esto conciben por medio de las famosas leyes de justicia social, y como obra de gobierno, deberían pasear un momento por esos mercados siniestros que las grandes capitales no se avergüenzan de exponer a pleno sol. Entonces verificarían cómo el cimiento de iniquidad y de miseria en que la sociedad descansa ha permanecido inconmovible, a la manera de una estructura geológica, mientras variaba, feliz y engañoso, el revoque superficial.

La aludida feria de la Avenue d'Italie, o el mercado de comestibles horrorosos que

he visto efectuarse entre la niebla y el lodo de la callejuela de Whitechapel, es una evocación viviente de las suburras y de los "ghettos". Podría aplicársele punto por punto la noticia romana o la crónica medieval. La gente que circula por ellos, está revelando idéntica supervivencia de barbarie. Sus facciones expresan con una especie de dolorosa brutalidad, el tipo primitivo de la raza. Abundan los craneos y las mandíbulas que en la craneología de los museos caracterizan a la humanidad de las cavernas. Entre la basura de las callejuelas sórdidas aquellos individuos causan la impresión de ser basura a su vez. Recuerdo haber andado horas y horas por Whitechapel, sin encontrar una sola persona cuyo traje no indicara la doble o triple reventa. El mercado de pingajos tiene en París centros importantes, lo cual revela el crecido número de gente que se viste con ellos: así los contornos de Saint Severin, el centro del Marais, la isla de San Luis, la zona trasera del Panteón y los alrededores de la plaza de Italia.

La feria de esos artículos desarróllase sobre más de un kilómetro de calle, en la avenida del mismo nombre. El calzado viejo y los comestibles forman los más abun-

dantes renglones: medias remendadas tres o cuatro veces, hasta haber perdido completamente el pie, botines igualmente trajados; y entre los alimenticios un cajón de azúcar negro como la arena mojada, que hierve literalmente de moscas. La cantidad de conejos colgados en los puestos sugiere a un compañero ocurrente, esta reflexión: "conejos usados.... en experiencias científicas"; pues efectivamente, estamos en un barrio de hospitales. El más cercano es el hospicio de Bicêtre cuya siniestra clientela proporciona, según se ve de un visitante a la feria. En otro puesto venden llaves viejas, cerraduras falseadas, llamadores rotos, bisagras y alcayatas desparejas. En otros, abanicos del mismo jéaz, y esta mercancía sórdida entre todos: pelo postizo, de suciedad sospechosa, descolorido, opaco, sugerente de miseria y de crimen. Hacen macabra compañía, las dentaduras con sus cepillos correspondientes, los aparatos de ortopedia y de otros tratamientos, fatigados hasta la ruina por el uso de personas diversas.

Si me atrevo a insistir sobre estos detalles es para que se aprecie con la debida alarma el inmenso peligro de contagio implícito en la tolerancia de semejante co-

mercio. Toda ciudad rica y moderna como las nuestras debe prohibirlo con tiempo, inexorablemente; porque una vez establecido caerá bajo la protección que disfruta la propiedad. Esto para no mencionar la degradación que semejantes transacciones fomentan en comerciantes y compradores, puesto que a la sociedad mercantilizada poco le importa los valores morales. Quien vende o compra pingajos, acabará necesariamente por degradarse, pues semejante hábito de satisfacer sus necesidades le acostumbrará a la vida innoble, aboliendo en su ser toda idea de mejoramiento viril; y como ese kilómetro de feria copiosa revela con claridad no menos la extensión de tal comercio que el número de su clientela, el resultado es positivamente horrible.

Y sin embargo, esa triste humanidad del tugurio posee esencialmente todos los sentimientos nobles, todos los gérmenes de reacción superior que constituyen y exaltan la dignidad.

Aquellos siniestros abalorios y adornos de desecho, aquellos postizos lúgubres, revelan un resto de coquetería, una preocupación de belleza que la más dura miseria no ha alcanzado a abolir. La tarea de agradar es un acto solidario, en el cual va

implícito el encanto más delicado de las relaciones sociales. Del propio modo los juguetes, que también los hay, indican en esos desgraciados una supervivencia de ternura paterna, ciertamente conmovedora, dado lo terrible de su condición. ¡Y qué juguetes! Muñecos de palo, toscos perendengues exactamente análogos a los que hallamos en las tumbas prehistóricas o en manos de los indios. El progreso, que ha realizado tantas maravillas en la materia, tampoco alcanzó hasta los juguetes de los pequeños miserables. Para hallar mamarrachos tan primitivos como los que he visto en Whitechapel y en la Avenue d'Italie, hay que ir a los museos etnográficos, a los bosques centrales de África y de América.

De tal modo, mantenida y fomentada por la miseria, está la barbarie en el seno de la civilización. ¡Y esta pretende todavía castigar con las mismas leyes, o imponer la responsabilidad de los mismos derechos a esos primitivos y retardados de sus propios suburbios! Injusticia tan estúpida no puede sino engendrar las más ciegas reacciones de venganza.

Así se explica la exclusividad con que predomina en el barrio la prensa de combate cuya argumentación torpe y brutal

excita las indignaciones de la gente delicada. Así se comprende cómo entre los habitantes de una misma ciudad pueden mediar abismos pasionales y psicológicos. En semejantes medios no se concibe otra reacción viril que el odio, otra reivindicación que el despojo violento.

Las clases gobernantes mantienen en ellos el orden a la fuerza, la moral del terror, pero no la justicia. De esto no pueden jactarse el absolutismo ni la democracia. Y mientras la sociedad siga prosperando sobre estos fondos de miseria, de barbarie, de contaminación, de lodo humano, en una palabra, su solidez será muy discutible. Por otra parte, esas basuras son combustible de volcán. Un día fomentan y estallan. Y contra toda lógica, contra toda conclusión filosófica o científica, descúbrese que, en esas ciegas reacciones está el único progreso positivo de la humanidad. La evolución es siempre un movimiento circular. Sólo la revolución avanza o retrocede, porque es un desplazamiento de los centros normales que determinan la actividad evolutiva, conservadora de suyo. Las revoluciones son buenas y malas, como todo en este mundo; pero el bien de

la libertad colectiva sólo es asequible por medio de la revolución.

Hay que abolir la miseria, esto es evidente, si la civilización va a reinar alguna vez sobre la tierra. Pero ello equivale también a hacer saltar en pedazos los cimientos de la sociedad. Abolir la miseria es cambiar la constitución social en lo que tiene de más inamovible; y he aquí lo que pensaba el filósofo, mientras iba contemplando aquella feria donde las sórdidas carnazas, los innobles pingajos, la quincajería residual, sugerían, derramadas sobre las aceras llenas de sol, la idea de recientes bocanadas de metralla.

París. 1913.